

EL PRIMER CENTENARIO
DEL NATALICIO

— DE —

DON RAMON DE GAMPOAMOR

— Y —

LA FIESTA DE LA RAZA

EN PANAMA



TIPOGRAFIA MODERNA.—PANAMA

EL PRIMER CENTENARIO
DEL NATALICIO

→ DE →

Don RAMON DE GAMPOAMOR

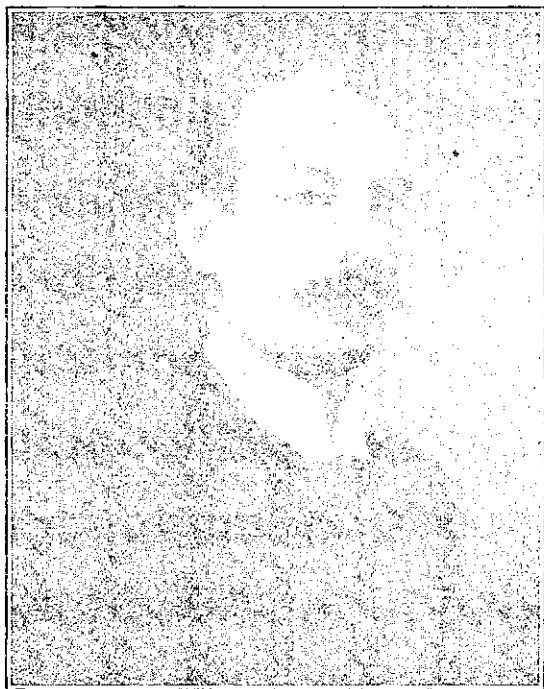
→ Y →

LA FIESTA DE LA RAZA

EN PANAMA



TIPOGRAFIA MODERNA.—PANAMA

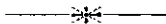


Excmo. Sr. Presidente de la República

Don RAMON M. VALDES

**Entusiasta por todo cuanto tienda a enaltecer
los prestigios de la Raza**

CENTENARIO DE CAMPOAMOR



Panamá, Septiembre de 1917.

Señor don.....

De mi más alta consideracion:

Animado por el deseo de honrar glorias que nos son comunes a todos, los que a través del tiempo y de la historia conservamos como legado de amor el idioma; y conociendo, por otra parte, su amor a España, me permito evocar un recuerdo y solicitar de Ud. una merced; vaya por delante mi gratitud.

El próximo día 24 del mes en curso, señala el reloj del tiempo, el nacimiento en una modesta aldea de Asturias, del poeta que se llamara Don RAMÓN DE CAMPOAMOR. Honrando la memoria del autor de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas*, nos honramos a nosotros mismos, y fuera imperdonable que donde resuena el habla de Cervantes y se saben de coro los versos del asturiano eximio, pasara desapercibido el primer centenario de su natalicio.

Donde no alcanzan los medios, alcanza la voluntad. A ella apelo, solicitando de su talento una composición que recuerde a Campoamor, como poeta, como político y como caballero de vieja solera hispana, para formar un ramo de flores arrancadas al jardín tropical panameño.

Seguro de que no ha de caer en el vacío mi ruego, le reitera el testimonio de su más distinguida consideración personal y devoción,

GERVASIO GARCÍA

Editorial de "La Estrella de Panamá"

UN CENTENARIO

Hoy hace un siglo que vino a la vida en Navia (Asturias) Don Ramón de Campoamor y Camposorio, poeta de los primeros que tuvo España en el siglo XIX. Aun cuando Campoamor inmortalizó su nombre como poeta, fué, además, político distinguido y filósofo de muy profundos conocimientos.

En la carrera política alcanzó posiciones muy altas, nada menos que Consejero de Estado. Profesó adhesión incondicional a la persona de Doña Isabel II, lealtad que dedicó también al Rey Don Alfonso XII. Su despego por la política como profesión impidió que desempeñara después de la restauración los cargos a que lo habían hecho acreedor su talento y su pluma tan hábilmente puestos al servicio de esa causa; sin embargo, las más altas personalidades le honraron con su amistad y sus personales simpatías, contándose entre sus más adictos amigos Cánovas del Castillo, Castelar, Valera y Vega de Armijo.

A pesar de la maleante filosofía de que hizo derroche en las manifestaciones constantes de su ingenio, cuando hablaba del matrimonio, Campoamor fué siempre un esposo modelo y profesó un amor rayano en culto a su virtuosísima esposa. Tan ejemplar fué en sus costumbres, que alguno de sus biógrafos ha observado cómo un autor no debe ser juzgado en su vida privada por las obras que escribe para el público.

Su tarea intelectual fué fecunda en trabajos que hacen honor a la literatura castellana y a la nación española. Entre las obras didácticas cuyas escritas en prosa, sobresalen «La Filosofía de las Leyes», «Lo Absoluto», «El Idealismo» y «La Metafísica y la Poética». Esta última es fruto de una

ruidosa controversia que sostuvo Campoamor con Valera, en la que entrambos ingenios trataron con desenfado inaudito puntos muy abstrusos y serios de alta filosofía. El mérito de este libro es puramente literario.

Entre sus poemas ocupa el primer lugar *Colón*, que mereció conceptos muy favorables de críticos eminentes. Don Severo Catalina refiriéndose a ese poema dice que era «obra verdaderamente notable en la que el fondo aparece siempre digno del asunto, y la forma no deja de ser nunca digna del fondo».

Pero nada ilustró tanto el nombre de Campoamor como lo que él tituló *Pequeños Poemas*, y lo que dió en llamar *Doloras*. Los primeros forman una serie de poemitas, casi siempre de carácter subjetivo, expuestos sencillamente y desarrollados sin artificio retórico. Fueron juzgados de muy diversas maneras y con muy distintos criterios. Don Alejandro Pidal y Mon dice: «En Campoamor todo parece inocentísimo, pero no os fiéis; por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor..... asoma su dardo venenoso el áspid. Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto, que en vez de bálsamo salutífero, encierra una ponzoña mortal». Don Juan Valera, que le conoció mejor que nadie y pudo juzgar las obras de Campoamor con más acierto, dice: «que es cándido y natural, hasta cuando quiere mostrarse más taimado y artificioso, y deja ver siempre a las claras que está satisfecho de sí mismo y de cuanto le rodea, que todo lo halla dispuesto y ordenado para el bien, y que las cosas no pueden estar mejor de lo que están, pues hasta sus defectos son perfecciones si se atiende al alcance y trabazón con que van encaminadas y convienen a la universal armonía.....» Y don Manuel de la Revilla juzgaba así el conjunto de la obra de Campoamor: «Campoamor es a la vez reflejo exacto de su época y de su país; esa poesía escéptica, pesimista, amarga e

irónica, es la única propia de estos tiempos de crisis y de duda. El poeta de hoy no puede tener ideal, porque el siglo tampoco lo tiene».

Las *Doloras* las definió el mismo Campoamor diciendo que *humorada* es un rasgo intencionado; *dolora* una humorada convertida en drama y *pequeño poema* una dolora amplificada. El crítico inglés Fitz-Maurice Kelly, dijo que la definición aludida «equivalía a definir lo luminoso por lo oscuro». Laverde Ruiz, hablando de las *doloras*, dice: «Suelen pecar de epicúreas, como reflejos de una filosofía puramente sensualista, siendo ligeras sus sentencias y poco intensa su melancolía.» Pero nadie llegó tan a fondo como el crítico francés Mr. Preux Richard, haciendo notar «que las *doloras* y *humoradas* son tan antiguas como otro cualquier molde literario y que el hallazgo de Campoamor consistió en inventar el nombre y no la cosa».

Campoamor murió en Madrid el 12 de Febrero de 1901. Su nombre esculpido está en el álbum de la fama con caracteres de luz.

La Estrella de Panamá envía a España, a esa España que con legiones de Corteses y Pizarros y Almagros conquistó un mundo, un saludo de efusivo amor y respeto en el primer centenario del más original de sus poetas: Don Ramón de Campoamor y Campoosorio.

Editorial del "Diario de Panamá"

CENTENARIO DE UN GRAN POETA

Las naciones del habla castellana celebran hoy con fervida oblación el primer centenario del alto poeta de las *Doloras*. La crítica ha estudiado con juicio sereno la obra literaria de don Ramón de Campoamor, y su fallo ha sido unánimemente favorable a ese maestro de la rima.

Por más que la personalidad del ilustre hijo de Asturias fuese variada en sus manifestaciones, distinguiéndose como político, como filósofo, su nombre es más conocido del mundo entero por la más radiante de sus fases: la poesía. El numen de don Ramón de Campoamor era ingénito, y su alma dejaba fluír la poesía a la manera que las flores dejan escapar sus aromas: con espontaneidad natural. La sencillez campea en toda su obra; no se nota en ella el menor rebuscamiento artificioso. De ahí su indiscutible hermosura, apreciada con justicia por todo el mundo.

Nada puede decirse de Campoamor como poeta, que entrañe un elogio mayor ni hable con más elocuencia de los méritos de su obra literaria, que el escuchar en los labios de todo aquél que tenga una mediana cultura en los países hispánicos, algún verso suyo, alguno de los períodos de sus rimas. Ni se ha escrito nada más hermoso ni que exprese más completamente la manera general de apreciar la poesía de Campoamor, como las comedias inspiradas a los Hermanos Quinteros por los versos del maestro. «La Rima Eterna» y «Una Mañana de Sol», son la traducción del sentir común, de la vibración que en el alma popular despiertan las cadencias de la lira campoamorina.

Panamá no podía quedarse atrás en el tributo de admiración que el mundo castellano rinde hoy al sublime bardo, y se ha preparado dignamente para manifestarla. La «Sociedad de Beneficencia Española» ha organizado a ese fin una velada que tendrá lugar en sus salones esta noche. En el acto tomarán parte los más autorizados miembros de nuestra intelectualidad y habrá de resultar una fiesta brillante.

El *Diario* deposita con unción estas líneas humildes a la manera de una rama de laurel al pie del imponente monumento que la fama y la gloria han levantado al inmortal viejo cantor de la musa siempre joven.

CAMPOAMOR INMORTAL

Este centenario de Don Ramón de Campoamor y Campoosorio es sencillamente un día de estudio especial de su poesía y no una ocasión de remover cosas viejas, de aquéllas que enriquecen la historia y sólo sirven para entretenimiento de especialistas curiosos o eruditos.

Porque Campoamor es de esos poetas que pertenecen a todos los tiempos, de esos poetas-héroes que han sabido penetrar el corazón humano para hurgar sus tesoros, y estudiar la psicología de la Humanidad para tener el raro privilegio de hablar con ella en todos los tiempos y en todas las razas. Es un artista que ha querido interpretar la vida, nó tras el cristal de aumento de los líricos exaltados, sino tras la filosofía práctica del hombre que sabe ver las cosas como son y enseñar graves lecciones de moral con una sonrisa maliciosa en los labios y una sencillez de niño en las palabras. *El arte por la idea*, hé aquí el lema de su escudo independiente y original.

Es claro que no hablamos del vate de *Ternezas y Flores y Ayes del Alma*, explosiones juveniles llenas de candidez y apasionamientos reflejos. Campoamor nació para la inmortalidad cuando cambió el rumbo idílico de Meléndez Valdés por el paso firme y definitivo de su propia vocación. Mas precisamente, Campoamor nació al darles vida a sus *doloras, humoradas y pequeños poemas*.

La *dolora* es un vaso poético de filosofía que aquel genio asturiano ha perpetuado y que todavía nadie ha podido definir, acaso porque no es posible definir lo que abarca tantas diferencias y tonalidades, unidas «la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica». Género maravillosamente flexible, hecho para todas las sutilezas de la duda, para todos los juegos de la sátira y de la risa y para to-

das las profundidades de la moral y la psicología, al conjuro mágico de su maestro puede encerrar el alma eterna e infinita de la Poesía en las linderas de cuatro versos o atrapar en las mallas de una estrofa lo microscópico, lo inapreciable e indecible, las vagas aspiraciones indefinidas del espíritu.

Y como la dolora el *pequeño poema*: un vaso, más amplio eso sí, en donde se mezclan lo humorístico con lo trágico, la ligereza epigramática con la dolorosa lamentación, todo siempre con una visible tendencia filosófica docente, en donde se vuelven a hermanar «la ligereza y el sentimiento, la concisión y la importancia filosófica.»

Las *humoradas* son anotaciones de la vida en un dístico, terceto o cuarteto, miniaturas, condensaciones, «fotografías instantáneas» de un estado psicológico, recetas de viejo contra las ilusiones de la juventud, memorias del viaje de la vida condensadas en aforismos de pérfida intención.....»

En resumen: Campoamor es un gran talento complicado, un artista independiente e indisciplinado, desaliñado hasta el prosaísmo muchas veces, metafísico hasta la sutileza; otras, sencillo y filosófico y juguetón casi siempre. Poesía alada, honda, evocadora, sutil, *con vistas a lo infinito* y sondeos al corazón, ésa es, por otra parte, la característica de su arte trascendental de psicólogo.

OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA.

Septiembre de 1917.



CAMPOAMOR



A Don Emilio de Motta

En el Pegaso llegó
al andén de la existencia,
y con melíflua cadencia
a la Vida le cantó.
La suya se deslizó
como el encanto de un beso,
y cuando anciano y obeso
sintió que desfallecía
se fue, —cual una armonía—
a la Gloria en *Tren expreso*.

ENRIQUE GEENZIER.

Panamá, 1917.

Don RAMON DE CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO

Poesía no debe ser ensayo de flautines más o menos ruidosos, ni compendio de lamentaciones casi todas ridículas, ni letanías de súplicas, ni *car-nets* de conquistas vulgares o de desengaños que las más de las veces resultan naturales y lógicos, hecho todo con aliño de miel de caña y vinagre de vanidad mal disimulada.

Poesía debe ser algo de mayor importancia, algo universal, algo en donde la humanidad vibre y se estremezca y aprenda y sufra o goce; algo heroico y virgíneo de los sentimientos — puesto de manera que vaya sonando y vierta aromas; lo florido del alma y de la tierra— expresado de modo que anegue el corazón y lo embriague.

Quien así oficia en tan divino altar bien merece que se le salute como al caballero asturiano cuyo nombre encabeza las presentes líneas: ¡Salve Poeta!!

De haber vivido don Ramón en aquellos dichosos tiempos mitológicos, en aquella época de las creencias, se le habría supuesto con una alondra dentro del pecho.

Sus cantares parecen inspirados a la sombra del cinamomo de la Biblia. No hay en ellos amarguras postizas — como las del Leid, ni acre perfume de dolor sangriento— como el de Musset, ni estériles prepotencias del lenguaje, ni fingidos vuelos, ni fantasías de mal gusto, ni imágenes altisónicas, de esas que llevan vestiduras de plomo y en vano luchan por levantarse de la tierra.

Galante decidor de amores, poeta eternamente enamorado, materialista de corte aristocrático, caballero de la verdad y el buen gusto, puso Campoamor en sus poesías el sello de la vida humana, tal como debiera ser: paz y cariño, dulces penas y sentidas venturas, pasión y sinceridad.

Versos hay fabricados exclusivamente en el

cerebro, con exceso de cincel y sobra de pulimento, valiosos algunos por su corrección literaria o por la sublimidad del pensamiento, pero que si acaso llegan al alma, jamás la penetran. Otros hay en cambio que nacen en el corazón; de él salen y a él van directamente. De éstos son los del celebrado cantor de «Doloras» y «Poemas», fáciles, libres, sonoros, emocionantes, finos y profundos rosa centifolia —rica en hojas, sino como el jazmín del Malabar, plétórico de esencias; sin mutilaciones ni martillazos, ni nada que denuncie la tarea del recorte, sino majestuosos y vivos, hechos de una sola pieza y de una sola inspiración.

Quien así escriba versos, que son ondas de flores, bien podrá llegar al Helicón en carroza de oro, como el ilustre autor de «El tren expreso» y «¡Quién supiera escribir!» venturoso mortal mimado de las Musas, aplaudido de los hombres y llorado de las mujeres, que nació con la lira a la espalda, el amor en el pecho y un tesoro de rimas en los labios.

JOSÉ GUILLERMO BATALLA.

Septiembre de 1917.

Don RAMON DE CAMPOAMOR

Hace poco más o menos cuatro lustros que, en Santiago de Chile, un diario, redactado por los más connotados escritores chilenos de aquella época y también por el sublime Darío, abrió una encuesta o torneo literario, para premiar con una fuerte cantidad de dinero la mejor poesía que se escribiera sobre Campoamor. La lucha fue formidable. Se afilaron los mejores escalpelos críticos y se esgrimieron las más eficaces armas en la contienda. El gran Rubén Darío, uno de los contendores, no pre-

sentó a la Junta más que la siguiente décima, la cual, desde luego, fue la que obtuvo el laurel del triunfo:

Este del cabello cano,
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano;
cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel;
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

En estos diez octosílabos, el inmenso apolonida, nos da a entender, mejor que nadie quizás, la calidad suprema del inmortal poeta español, su carácter esencialmente chispeante y festivo, su participación en las evoluciones de la literatura en la segunda mitad del siglo XIX.

Desde muy joven adquirió resonancia y justa celebridad el nombre de Ramón de Campoamor, cuyas fecundas producciones empezó a difundir la Prensa de España, hacia 1844, principalmente «El Laberinto» de Madrid, célebre en los registros del periodismo español ilustrado. Entonces, Campoamor daba a los cuatro vientos de la fama, sus preciosas Doloras y fábulas, género poético de su invención particular que cautivó al poeta desde su niñez y lo llevó más tarde a las inmensurables cumbres de la perfección estética.

Aun siendo uno de los más decididos y ventajosos corifeos del partido moderado de España, el cual lo llevó a desempeñar el cargo de Secretario de los Gobiernos civiles de Alicante y Valencia, Campoamor no dejó de extender, cada día más, su celebridad hipnótica, entonces orientación y espejo de la más pujante juventud de España y América.

En Madrid, desde las columnas de su notable periódico *El Estado*, sostuvo las chispeantes y bri-

llantísimas polémicas con Castelar, no siendo un impedimento sus multiplicadas labores literarias para ser un alto político, Diputado en varias legislaturas e inclinado a las soluciones conservadoras. Fue uno de los más brillantes miembros de la Academia de la lengua española, en la cual introdujo su vigoroso talento y su ingenio original y cautivador, eficaces reformas, enriqueciendo con preciosos vocablos el luminoso mecanismo del habla de San Juan de la Cruz.

Evidentemente en su obra metafísica «El Personalismo» la personalidad política y filosófica de Campoamor, pudiera considerarse relativamente secundaria, frente a su personalidad poética; las exquisitas y jugosas fábulas; las sugestivas Doloras; los clásicos poemas de «Colón», «Los pequeños poemas», «Drama Universal»; las festivas y jocundas humoradas; las célebres leyendas como «El licenciado de Torralba»; los dramas, esencialmente cautivadores y castizos, como «El Palacio de la Verdad», «Cuerdos y Locos», «La guerra» y varios más, son otros tantos luminares en la literatura española.

La figura luminosa de don Ramón de Campoamor se diseña majestuosamente sobre el vastísimo horizonte de las Letras, con un votivo lampadario colocado bajo el áureo plafón del Partenón del Arte.

Hoy, en el primer centenario del ilustre varón la literatura castellana de ambos mundos, se inclina ante él, en un simultáneo *sursum corda*.

EKIS.





Dejad que pase el noble caballero
que en sus canciones cifra su decoro:
tiene a orgullo pulsar laúd de oro
y no esgrimir el toledano acero.

A vuestra sien ofrecerá el trovero
ramos de rosas cual gentil tesoro;
a vuestro oído, el madrigal sonoro
que os hará suspirar de amor sincero,

Mas deberéis ¡oh! pálidas hermosas,
cuidaros mucho al recibir las rosas
que han de temblar en vuestras sienes finas,

Porque tienen las rosas del poeta
la tendencia malévola y secreta
de herir el corazón con las espinas.

GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ.

1917

CENTENARIO DE CAMPOAMOR

Si ante algún representante ilustre de las energías intelectuales de una raza debieran, los que a esa raza pertenecen, inclinarse con el entusiasmo de la gloria que se impone, es ante el insigne poeta asturiano don Ramón de Campoamor y Campoosorio.

Un siglo hace que vino al mundo; no hace muchos años que murió y más de media centuria se cuenta también de que todos los países de habla castellana repiten las sentencias y las ingeniosas descripciones que andan a granel en toda la obra poética del insigne metafísico.

Cantó — cuando no fue en los *Poemas* — con la sonrisa en los labios, y sin provocar la carcajada nunca, enseñó la comprensión de la vida por un procedimiento que sólo él conociera hasta en las más íntimas reconditeces.

Hacer de la Poesía instrumento de su habilidad poético-filosófica es el punto donde se encuentra la gloria de su ingenio, único quizás en el mundo para hacer amar la belleza de la forma, pero más aún, la verdad, a veces enigmática, que encierra.

Podría decirse, tal vez, que el mayor caudal de la poesía de Campoamor está en esas estrofitas ligeras, en esos regloncitos rimados que no se leen nunca sin pensar en la gravedad de los conceptos que encierran. Y acaso podría decirse que toda la filosofía de la vida tiene su nota más o menos vibrante en aquellos hacecitos de ideas hábilmente atados con el más puro refinamiento artístico.

El verso de Campoamor, como verso, es perfecto con todo el aparente descuido con que aparece consignado. Pero tras el desaliño fascinador, después de gustado, se ve en el fondo un enjambre de ideas que llegan al alma, nó a su superficie, sino

a lo hondo de ella, a los dominios de la conciencia y del amor.

Que Campoamor es pesimista --opinan algunos.-- Sí, no habría yo de negarlo; pero me parece también que detrás de aquella gravedad con que habla, hay un filósofo que escucha las lecciones de Demócrito y saca más provecho de ellas que de las de Heráclito que le ofrece un paño para enjugar las lágrimas. La gravedad de Campoamor se mueve en un fondo de ironía desgarradora; y cuando el lector se adhiere a él, acaba por reírse de todo.

He presenciado una sola vez en mi vida un hecho que siempre recuerdo, como para investigación de algo con que no acierto todavía. Estábamos en el cementerio de una de nuestras ciudades del interior dando sepultura a una señora muy distinguida; su hijo mayor, como era natural, presidía el duelo. Y no faltó algún imprudente que observase algo para que uno de los sepultureros dijese a su vez una expresión que hizo reír hasta al mismo caballero del duelo. ¿Sabemos acaso todavía lo que son los nervios? De mí sé decir que después de todo lo que he leído de Mantegazza sobre ellos, me he quedado tan absorto como antes de mi ignorancia y después de ella.

Pero el alma sí se deja sentir en toda su energía cuando el dolor la rinde o la levanta la belleza. Los libros son grados de temperatura en que el alma se agita siempre.

Y Campoamor no escribió cualesquiera libros. Su pensamiento vibró en la prosa con cáustica intención y en su verso toda el alma de una filosofía que no ha aprovechado la didáctica por ser irreducible a un sistema. Y en eso es precisamente donde está el auge y la satisfacción de la *Dolora*. Los postulados filosóficos del poeta son cánones de una poesía que él revistió de *alma y cuerpo* nuevos y en que quedó siendo el único creador hasta el día. Que la Poesía no debe ser eso sino otra cosa; está bien, pero el autor de los *Pequeños poemas* hizo lo

que le parecía mejor, a despecho de los preceptos de escuela, y *único* es todavía en los umbrales de su Academia.

Fue un metafísico sutil que daba golpes de coloso, y cuando su polémica con el primer orador del siglo XIX, don Emilio Castelar, dejó la democracia de todo el mundo tan en pañales que todavía nos estamos acordando de que necesita muchos remiendos.

Campoamor tuvo una virtud relevante y fue la sinceridad con que defendió sus ideas y atacó las de sus adversarios. La República de Castelar fue un ensayo, sin base lógica ninguna, tratándose de España; en cambio, *Campoamor*, realista, defendió siempre lo que Núñez de Arce, no tan realista como él, llamó siempre la gloriosa Monarquía de Rearedo.

Campoamor fue un hombre sincero. Ahí está el pedestal de su fama como artista. Cuando tantos vacilaban, él seguía al pie del trono rebatiendo a filósofos y políticos con humoradas desconcertantes.

Hacía reír, pero a veces su frase es un puñal que penetra sin desgarraduras de la carne y desangra el corazón con el procedimiento de arte maravilloso que acaso él solo ha sabido poner en juego. Fue una alma que tuvo una gran comprensión de la vida, y acaso por eso mismo le pareció que lo mejor era reír con amargura, para interpretar más exactamente la vida.

Y en la glorificación que merece como representante de una raza que no ha cancelado todavía sus derechos a las consideraciones de las otras, no será seguramente puesta en último lugar esta frase de cariñoso respeto con que llegamos hoy todos los que hablamos la lengua de Castilla, al pedestal que actualmente se levanta para la gloria del poeta.

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

Panamá, 24 de Septiembre de 1917.

Las Tablas, 22 de Septiembre de 1917.

Señor don Gervasio García

Panamá

Muy señor mío:

Donde faltan los recursos, dice Ud., suple la voluntad, y apela a ella. A ella recorro yo anheloso, nó de llevar mi mustia violeta a las múltiples guirnaldas que con harto justos títulos lucen en las sienas del insigne vástago del Mío Cid, sino de probar que la uña inclemente del bieldo emancipador todo lo podrá arrancar, menos la profunda raigambre de la sangre que se difunde por las vastas redes de la raza común que se generó en las entrañas de la Patria-Madre.

Claro se ve que conoce Ud. el medio en que vivo: sólo con Dios y con mis leales amigos, los pocos libros que poseo.

Ocho días me quedan para utilizarlos en complacer a usted, escribiendo para el centenario de Campoamor. Largo tiempo, a la verdad, para la erudición exuberante en recursos y abundosa en medios de consulta; empero, corto para mi indigencia. La voluntad suplirá generosa y benigna la laceria de mi trabajo.

Soy de Ud. afmo.,

C. ARRUE Y BROCE

LA POESIA DE CAMPOAMOR

Temeridad rayana en pecado de pedantismo es en los tiempos que corren, boyantes, desbordados, para la cultura literaria, que indudablemente ha subordinado a su incontrastable dominio todos los recursos humanos de las artes y de las ciencias: desde los de la metafísica hasta los de la mecánica, desde los de la psicología hasta los de la física, desde los de la química hasta los de la ontología; de la esencia infinita a la fuerza dinámica, de las ideas latentes a las actividades evolutivas, de las substancias abstractas a las substancias orgánicas, hablar de la labor del político, del filósofo, del bardo que poetizó las agrias arideces del panorama de las vidas eminentes:

A los Licurgos corresponde juzgar su pingüe mies de jurista; a los Aristóteles decir de su filosofía bohemia; a los estadistas discernir sobre sus soluciones de los problemas sociales diurnos; a los críticos y a los literatos aquilatar el diapasón de sus ritmos, y a la postre, a nosotros, oscuros iniciados, sólo rozar con las alas, si las tuviéramos, el espléndido marco que encaja la grandiosa acuarela de sus trovas.

El 24 de este mes cerró su círculo de luz el siglo que dió luz y vida al varón ilustre, blasón preciado de Asturias y prez de esa tan magnánima y tan ingratamente pagada, madre abnegada del abo-lengo ibero.

De pocos poetas podrá decirse, como de Campoamor, que si la universalidad de la fama fuese óleo sacro para ungir a las supremacías del Arte, la lisonjera aura popular, de consuno con el severo veredicto de los taumaturgos de las academias, habrían colgado ya al pecho del poeta asturiano el áureo éfodo de los pontífices máximos.

El espíritu humano consuma sus consagraciones en el ara del pensamiento y en el ara del senti-

miento. Para efectuar aquéllas, la oclocracia intelectual se enclaustra en las silentes y austeras naves de sus ateneos: allí con serena indiferencia, formula sus juicios, anatematiza fríamente organismos, paraleliza creaciones del intelecto; enfoca furtivas vislumbres de belleza, y, al fin, lanza fallos apodípticos, envueltos en arreboles de majestad suprema, que la fama nomina *juicios críticos*, como si dijéramos, sanciones soberanas del saber.

Para las suyas, el vulgo anónimo, impersonal, abandona incondicionalmente el campo al sentimiento: siente sin pensar, enardécese, se expande, y trasfundiéndose, vuelve a individualizarse en troncos colectivos, desde donde abre las válvulas al corazón para vaciar sobre sus escogidos predilectos, las balsámicas ondas de su amor y de su admiración. Rarísimos son los hombres que logran culminar la eminencia, ungidos con esta doble unción del cariño de las muchedumbres y con la del *exequátur* de los oráculos del saber y de las gayas artes. Esta aureola resplandece inmarcesible en las sienas de Campoamor: él es el numen familiar y querido del pueblo y el festivo Ganimedes de los areópagos. Sus versos no se imprimen en papel, sino se fonografían en el que los lee una vez siquiera. Sus estrofas se metamorfosean en emociones, y se adueñan del corazón y del cerebro. Su imperativo es tan taumatúrgico, que se hace imposible desasirse de su intensa emotividad, una vez que se ha leído o escuchado. Sus pensamientos melodías o sus versos pensamientos, vivirán en el género humano lo que viva la memoria, lo que viva el corazón, lo que viva la mentalidad, como viven en el germen las emanaciones potenciales de la vida generatriz. Mientras haya humanidad que piense y discurra; mientras haya hombres que sientan, organismos que palpiten a las vibraciones del cordaje de las sensaciones; mientras ese músculo sublime, trono de todos los amores, lata en algún pecho, el pensamiento alado, ágil, intencionado e instructivo del sin igual vate

de las montañas asturianas, imperará en el mundo de las letras con su tirso de mirtos y de azahares y con su báculo de filósofo práctico que enseña deleitando.

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.... delectando pariterque monendo. He aquí su fuerza avasallante, su amuleto infalible. Con él vendimia los manojos de sésamo para su propio culto en las petrificaciones del sentimiento y en las estalacmitas del gusto. Quien otea sus vergeles, irresistiblemente lo ama; quien gusta sus ritmos, le paga de buen o mal grado, tributo de entusiasmo estético. El mundo del corazón le pertenece de modo absoluto. Señoréase en los amplios dominios de las sensaciones, como en los del análisis: corazón y cerebro serán suyos mientras guarden el equilibrio los orbes. Y si sobreviniese el universal cataclismo, y de él restasen vivientes, éstos endulzarían sus amarguísimos recuerdos cantando una Dolora.

¿Qué género poético cultivó Campoamor? Esta interrogación fatigó a la crítica contemporánea, fatiga a la de hoy y fatigará a la de mañana. Todos y ninguno, contestará la opinión docta en achaques retóricos.

El, pelechando en su propio pegujar y por su cuenta propia, aporcando con personalísimos abonos sus barbechos, dice al Conde de Revillagigedo, que *«ensayaba una clase de composiciones en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica»*.

Y a decir verdad, todo lo que rezan estas palabras y muchísimo más que no pueden cantar las letras, que es santuario arcano a la intelectualidad, que está vedado a las incursiones del cerebro y es campo solamente abierto a las palpitaciones del corazón, que sabe sentir para amar con inten-

sidad pasional, operando coeficientemente con la sutileza del pensamiento y la exuberancia de la fantasía, está contenido en la poesía de Campoamor, con la misma exactitud que lo traduce el monográfico pensamiento copiado en que el poeta se estereotipó a sí mismo.

Unidos en deleitoso y amante consorcio se compenetran e identifican en su genial versificación la «ligereza con el sentimiento, la concisión con la importancia filosófica». En esta envidiable semilla caben asaz holgadamente: allí el epigrama con sus agujones saturados de ingenuidad y a la vez de malicia inquietante para las conciencias nimias y asustadizas; la anacreóntica con su ingeniosidad, feliz amalgama de lo burlesco y lo satírico con lo festivo y lo erótico; el madrigal que en cofre de oro y nácar guarda un sentimiento rebosante de delicadeza; la sátira mordazmente acerba, género de látigo que fustiga el rostro al vicio, al error y a la ridiculez. Allí se encierran también la activa, la marcial entonación de la epopeya, el drama ligero que va al corazón como la saeta al blanco; la oda amena, lujuriente, lozana como los bosques, como los prados, que deja regueros de luz en su camino; el idilio con sus languideces de amor; los celos con sus trenos de dolor y arrumacos de enamoramiento, los galanteos con sus dardos de doble filo que hieren al mismo que los gasta, los desdenes que encienden lo mismo que aparentan apagar; allí el apólogo docentemente tendencioso y el apotegma conceptuoso que semejan secreciones del *pensar profundo* engarzados en búcaros de aljófar; allí, finalmente, toda la poesía humanamente conocida y humanamente sentida, todo un mundo de ideas y a la vez de sentimientos, aprisionado en la urna perlina de una Dolora.

Sentimental y didascálica, la poesía campoamoriana es un lampo perenne de luz arrojado oportunamente al *maremágnum* del decadentismo en estas tierras hispano-americanas, donde una chusma anémica de escritores parece ufanarse de

haber encontrado el método de escribir mucho para decir poco.

Campoamor es maestro digno de imitación; contra su escuela pecan quienes hilvanan palabras con palabras, retorciendo epítetos, rebuscando relumbrones para pagarse a sí mismos la primicia de la novedad, sin llegar a decir nada que trascienda a instruir.

*
* *

Hasta en el credo político, la delicadeza estética del duendecillo lírico de Campoamor, preside sus postulados, hegemoniza sus voliciones, conviértese en musa egeria de todos los actos de su vida pública, como de los de la privada; fué la constante evocadora de los puros y sólidos afectos de su alma soñadora que, por admirable modo, supo reunir en fecundo sincretismo las ondas aromatizadas y lumínicas de su ingenio y los fuertes dictados de su moral púdicamente analítica, empero siempre humorística y traviesa. En frase de gráfica filosofía y en calco de altísimo lirismo vació su estro poético hermanado con su robusto criterio moral para formular el programa político de toda su vida: «*El hecho revolucionario*, dijo en solemne ocasión, *me es insoportable por lo anti-estéticamente que suele realizarse*». Hé aquí al hombre público inexpugnable y al estético que puede y sabe nimbar el anfiteatro, donde se desenvuelve la recia brega por la vida, con los matices y destellos que fluídamente emergen de su imaginación creadora.

La belleza es armonía. La armonía es proporción de las partes de un todo entre sí en su realidad desnuda, o en su concepción abstracta, relacionándola con tipos tan ordenados en sí mismos que sean inaccesibles al desorden. El desorden es, pues, ruptura, desequilibrio de la armonía de la belleza. No pueden, por consiguiente, ni el pensamiento generar, ni el sentimiento desplegar dentro de él sus energías vitales, ni sus actividades crea-

doras, para combinar su benéfico funcionamiento, ni llegar a producir el estado perfecto que engendra la belleza moral, fuente única del progreso social, ni la perfección estética que se desprende y se cierne sobre el armónico enlace de lo real idealizado, o de lo ideal sensibilizado, que constituyen la poesía.

La errónea inteligencia de este enunciado categórico del arte ha hecho a los modernos anarquistas dar en la flor de querer consagrar como cánon en las ciencias y en las artes la reacción contra el orden supremo que preside al mundo de las ideas y al mundo del sentimiento, produciendo la tranquila normalidad de la vida.

Si así se consagrara la reacción, el crimen mismo, lejos de ser anormalidad contra el orden legal, vendría a ser bellamente estético; y canonizado este fenomenal despropósito, vendría abajo el mundo con todas sus instituciones, con todos sus sistemas de sosiego, de mutua seguridad, de garantías comunes, de derechos y de deberes; bulliría hasta exterminarse la sociedad humana y, quebrados todos los resortes del mecanismo social, volveríamos a sumirnos en el estado caótico primitivo.

No excluye este juicio el hermoso concepto de lo «*horriblemente bello*» de la tragedia. Sobre Agamemnon, Clytemnestra e Ifigenia, agita su vuelo, como numen sibilítico, la Verdad de los fanatismos, de las pasiones indómitas, enseñanzonas, en el conjunto de hechos rudamente emocionantes, el esplendor de la unidad artística, la armonía de lo ideal reflejada en la triste realidad del horrible bátrato donde hierven las humanas pasiones. Lo bellamente trágico en todos los casos análogos es la concordancia de una realidad horripilantemente abominable con tipos inmutables de lo que debiera ser la sublime belleza de la vida, descontado el desorden de la reacción de las pasiones brutales. La misma compasión que inspiran las víctimas en los dramas del dolor, ¿qué otra cosa viene a ser,

sino la protesta muda del corazón que, lamentando la ajena desgracia, llora su posible desgracia?

Así lo comprendió el eximio maestro-lírico-moralista; y como supo llevar en su estro raudales de luz sobre los hilos de oro de la urdimbre de sus estrofas, supo también hacerlo llevar en sus impalpables alas el suavísimo y perfumado rocío de las aguas castalias para refrescar y embalsamar los áridos problemas de la vida pública. Campoamor político, no posó su planta en la hirviente arena del estadio contemporáneo, así como, poeta, burló las celadas de las redes de Cupido.

Sus derrotas, así como sus triunfos, no se le hicieron acreedores más que a una graciosa sátira. Electo diputado a Cortes, e interrogado por cuál distrito lo había sido, contestó: «*Por Romero Robledo*». Efectivamente, Robledo, entonces Ministro de la Gobernación, tenía en su mano la malla electoral.

Firme en esa bella concepción de la verdad y la bondad en la belleza sistematizada por Boileau, rico patrimonio de todo espíritu exquisito, de todo pensador equilibrado, jamás pudo --ni podrá alma alguna del aquilatado temple de la de Campoamor-- rendir culto al *hecho revolucionario*. No toleró que su nombre figurara en el patrón radical, como ilusamente lo regodearon muchos en vista de sus sinceras rehaciendas, porque fué siempre acendrado adorador de la belleza que surge de la verdad trascendental, y fino amante del realismo ingenuo, ordenadamente sentido y poéticamente idealizado.

Reaccionario, llamólo Leopoldo Alas: reaccionario incorregible fué contra la chirle pedantería, reaccionario e iconoclasta contra los que viven, piensan y sienten para reaccionar contra la armonía universal e idolatrar en el fanatismo de las negaciones.

C. ARRUE Y BROCE

DATOS BIOGRÁFICOS

del insigne hombre público, literato y poeta español
don Ramón de Campoamor y Campoosorio

Hoy, 24 de Septiembre de 1917, me complazco en contribuir con estos informes biográficos, dedicados a la grata memoria del egregio asturiano don Ramón de Campoamor, con motivo del primer centenario de su natalicio, en Navia, Provincia de Oviedo, el 24 de Septiembre de 1817, y fallecido en Madrid el 12 de Febrero de 1901.

Después de haber estudiado filosofía, latinidad, lógica, matemáticas y medicina, todo con notable aprovechamiento, dedicóse por completo a los estudios literarios en Madrid. En 1837 empezó a hacer público su asombroso estro poético, que le conquistó la amistad del distinguido vate Espronceda, y en 1840 fueron editadas varias de sus poesías, con el título de *Ternezas y Flores*. En 1840 fue publicado su primer volumen de *Fábulas*. Al reformarse la Constitución de 1837, publicó su primera obra, en prosa, *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, que le valió el puesto de Redactor del periódico político madrileño *El Español*.

Doloras, sus primeras composiciones líricas, que llamaron poderosamente la atención, vieron la luz en 1845. Al siguiente año fue nombrado auxiliar del Consejo Real. En 1848 publicó su *Filosofía de las leyes*. Fue sucesivamente Gobernador Civil de Alicante y Valencia, en 1854 y en 1857, siendo ya Diputado a Cortes, hizo gran resonancia su famoso discurso sobre la libertad de imprenta. Ocupó varios puestos públicos y, desde 1861, fue Académico de la Lengua Castellana. Fue Diputado a Cortes por varios distritos, el de Canarias sobre todo, pasando luego a Senador del Reino.

Afiliado al partido moderado, después de 1875, pasó al conservador. Sus adversarios políticos jamás hallaron en su gestión honrada y prudente, motivo para molestarle ni zaherirle; pudiéndose afirmar, que don Ramón fue el único español que

después de cincuenta años consecutivos de engolfado en la política, no conoció jamás enemigo personal; pues no amó la política como fuente de medro personal, pudiéndose asegurar que no se sirvió de ella para elevarse ni afianzar su posición. Su pluma y su talento, puestos al servicio de la política, dignificaban los puestos que desempeñaba.

Todos los hombres políticos y también de verdadero valer, de su tiempo, le distinguieron con su personal simpatía y sincera amistad, por ser un cumplido caballero, un amigo leal, decididor y bonachón, agudo y benévolo con los defectos del prójimo, y que no le dominó jamás la popularidad, algo más que ruidosa, que le valieron sus obras. Es céptico no lo fue, ni blasonó de impiedad, *más que cuando hablaba en verso*. Hablaba mal del matrimonio y adoraba como a una santa a su virtuosa esposa, a la que, en los días de la ancianidad, los madrileños le veían acompañar a misa, diariamente, llevándole él la silla. Ejemplarísimo en sus costumbres, condescendiente y cariñoso con todos, dio pruebas a la posteridad, que la vida privada de un escritor, no ha de juzgarse por las obras que escribe para el público lector.

Merecen prelación, sus tratados *La Filosofía de las leyes*, 1840, *Poética*, 1883, *El Personalismo*, 1850, *Lo Absoluto*, 1865, *El Idealismo*, 1883, *Polémicas con la Democracia*, y *La Metafísica y la Poética*, 1901. Difícil es juzgar las tendencias filosóficas y el criterio de Campoamor, por sus escritos en prosa, puesto que en ninguno de ellos expresa filiación ni tendencia alguna y toda vez que él mismo dijo: «que jamás tomé en serio *eso de la filosofía*, ya que ninguna escuela ni doctrinarismo alguno, ni siquiera el escepticismo, que los niega todos, logró convencerme ni a medias».

Que Campoamor fué poeta y que debe ser considerado como un verdadero vidente de la belleza, que la supo expresar con caracteres indelebles, por medio de la palabra. En 1853, publicó su poema *Colón*, grandemente elogiado por el eminente crítico don Severo Catalina. En 1860, *El Drama*

Universal, poema que fue juzgado por don Alonso Martínez y también por un crítico alemán, como el himno que se entona a sí propio, el espíritu del hombre después de haber escalado el Olimpo. *El Licenciado Torralba*, dióse a luz en 1892, mereciendo justos elogios de don José J. Herrero.

Pequeños Poemas se titula su obra de poemitas; algunos de corta extensión, muchos de gran mérito, por haber forzado en los mismos los resortes que el autor supo siempre manejar con rara habilidad, en los distintos trabajos que componen este volumen tan ameno. *Doloras y Humoradas y Otros géneros literarios*. Esta clase de composiciones, el mismo autor las definió así: *Pequeño Poema*, es una *Dolora* amplificada. *Dolora*, una *Humorada* convertida en drama, mientras que la *Humorada*, es un rasgo intencionado.

Las innumerables obras poéticas de don Ramón de Campoamor, han pasado por el crisol de la severa crítica de los escritores ya citados y también de don Alejandro Pidal, Juan de la Revilla, Juan Valera, Leopoldo Alas, (Clarín), Fitz-Maurice Kelly, Laverde Ruiz, Pesaux-Richard, Leo Quesnel, P. Blanco y García, Fr. Giner, Ventura Ruiz Aguilera, M. Menéndez y Pelayo y Melchor de Palau. Más todavía. La fama y popularidad de Campoamor, en España y en la América Española, son comparables solamente con las adquiridas por Zorrilla.

La labor que su fecundo numen produjo, por espacio de unos cincuenta años, dio lugar a una verdadera epidemia de ramplones imitadores, como sucedió, en su época, con los que, en vano trataron de copiar al inimitable Becquer. Hay que hacer, no obstante, una única excepción, pero muy honrosa en verdad, en el bardo español, don Magín Morera y Galicia, solo y verdadero heredero de la fina intención y rico estro de Campoamor, honra y gloria de las letras españolas, a quien, en este día, rinde merecido tributo de admiración y respeto todo pueblo de habla castellana.

G. J. GONZÁLEZ.

EL CENTENARIO DE CAMPOAMOR

Por medio de elegante tarjeta tuvo la galantería de invitarnos, el señor Presidente Honorario de la Sociedad Española de Beneficencia, a una Velada en conmemoración del primer centenario del nacimiento del insigne e inmortal poeta hispano don Ramón de Campoamor, el 24 de los corrientes, a las 8 p. m.

La Velada, dado el elevado propósito que la inspiraba y bajo la entusiasta y patriótica organización del señor García, revistió los caracteres más vívidos de una fiesta majestuosa, brillante, armoniosa y artística.

El hermoso recinto de la Sociedad Española ostentaba un regio y artístico decorado, y la concurrencia fue tan numerosa como selecta.

A las elocuentes y galanas frases de amenos oradores, sucedieron las pulcras y frenéticas estrofas de vibrantes bardos. Y luego, al mágico impulso de acordes melódicos lanzáronse en medio del salón alegres parejas coreográficas en raudito torbellino, irradiando destellos de lúcido entusiasmo, de perfumes y colores.


Al reseñar las notas culminantes de esa fiesta que se nos han suministrado, (porque a pesar nuestro fuimos privados del placer de asistir), nos complace presentarle al apreciable y culto señor don Gervasio García, nuestros más laudatorios y eucarísticos elogios por el éxito espléndido de la grata conmemoración de la efemérides del glorioso autor de DOLORAS, HUMORADAS y LOS PEQUEÑOS POEMAS.

(Tomado de *La Bruja.*)



A CAMPOAMOR

En su primer centenario



De tu musa enamorada
mi alma, que ríe y llora
cuando leo una HUMORADA
o al leer una DOLORA,
por ser día igual al día
en que, envuelto en luz de sol
quiso el Hada-Poesía
darte al Parnaso español,
a traerte esta canción
viene hoy al Panteón
que tus restos atesora.

¡Es una humilde violeta
que brotó en ella, Poeta,
al leer una DOLORA!

FEDERICO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Panamá, 24-9-917.

EN LA "SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE BENEFICENCIA"

Tuvo efecto anoche, como ya se había dicho, la fiesta literaria que, para conmemorar el centenario del nacimiento del gran poeta Campoamor, celebró en los salones de la Sociedad Española de Beneficencia, el incansable patriota hispano, don Gervasio García.

A pesar de que el tiempo no presentaba buena cara, la concurrencia fué lucida, dado el carácter familiar que revestía aquel festival.

Selecta fué la asistencia, pues estaba integrada por personalidades de la diplomacia, el foro, la prensa, la lira y el comercio.

A la llegada del señor Walls y Merino, árbitro de la Comisión Mixta del Canal, acompañado del Conde de San Simón, fué ejecutada la Marcha Real Española, y luego se dejaron oír los acordes del Himno Nacional Panameño.

Recordamos, entre las damas que engalanaban el local, haciendo juego sus bellezas con la sencilla pero espléndida decoración, a las señoras de Barrios, de García, de Arbois, y a las señoritas Rosa y Adela García, Clara Calandre, Carmen y Julia Molino, Eva Herrando, Evelina Guerra, Rosa y Marta Jorge, Aniceta García, Emperatriz Paredes, Cristina, Aminta y Mercedes Bernaschina, Ursula Durán y otras.

Además de los diplomáticos nombrados, estaban allí haciendo acto de presencia y rindiendo un merecido tributo de recuerdo al célebre bardo, los señores doctor J. Demóstenes Arosemena, don Nicolás Victoria, don José de la Cruz Herrera, don Ricardo J. Alfaro, don J. M. Blázquez de Pedro, don Aizpuru Aizpuru, don Ricardo Miró, don Enrique Geenzier, don Andrés Revollo, don Luis Antepara, don Octavio Méndez Pereira, don Salomón Ponce Aguilera, don Mariano Yrache, don Maria-

no Hernández, don Antonio Guerra, don J. Clarós, don Juan Barceló y muchos otros.

Blázquez de Pedro leyó una monografía sobre el poeta Campoamor, que fué muy aplaudida, y sucesivamente hicieron uso de la palabra, don Salomón Ponce Aguilera, prologando con frases muy elocuentes una inspirada composición dedicada a la memoria del festejado; Geenzier recitó una silva asonantada «A España», que tantos elogios ha merecido ya y que fué muy aplaudida anoche; leyeron sendas «Doloras» los intelectuales Méndez Pereira y Herrera, y cerró el acto con un bello soneto «A España» el siempre bien inspirado Aizpuru Aizpuru.

Terminado el acto literario y después de haber escanciado un delicioso vaso de la champaña asturiana, néctar del terruño mismo del autor de los «Pequeños Poemas», se inició un improvisado baile en que la juventud hizo galas de sus eternas alegrías.

El iniciador de esta fiesta merece todos los aplausos del cronista, puesto que se revela siempre su patriotismo, cada vez que se trata de la madre España.

Referirme ahora a Campoamor, es repetir lo que de tan diversa manera se ha dicho.

Sabemos todos que la bibliografía suramericana está llena de los más altos y característicos conceptos sobre Campoamor; pero ello no es obstáculo para que desde estas columnas de observación, admiradores y discípulos que somos de su escuela, dejemos de rendir también a su memoria merecidos homenajes de recuerdo y de glorificación.

La celebración del centenario del egregio asturiano es un acto de inequívoca justicia, a sus indiscutibles méritos.

No me refiero a sus méritos como político, por más que en sus tiempos haya figurado en las Cortes de España entre los prohombres de Estado; me refiero al Campoamor poeta y filósofo.

Me refero al pensador que en la cárcel del verso encerraba una alegría y en la libertad del pensamiento aherrojaba una dolorosa realidad.

Sus «Pequeños Poemas» han llamado siempre la atención de este cronista; y cada vez que los releo hacen de mi mentalidad una presa, la agarran como con fuertes tentáculos y mantienen en ella, tanto su factura como su asunto, un interés ininterrumpido..... Pero nada como sus «Doloras»; desde mis primeros días escolares, cuando apenas despuntaba a la vida del entendimiento, con tal fuerza se prendieron en mi mente y en mi alma, que todavía al recordarlas río y lloro.

Una sola mentalidad de la raza hispanoamericana no existe ni ha existido desde que Campaamor se inició en 1844 a la vida literaria, que no haya aplaudido frenéticamente su obra; porque ella llega al alma como una dulzura y permanece en sus interioridades como una amargura: la amargura de la verdad de la vida.

El pintó, con sus versos naturales y sencillos, pero clásicamente rimados, escenas arrobadoras que terminan disolviéndose como se disuelve una lágrima; nos remonta en un soneto, en una décima, en un cuarteto, en un pareado, a un momento paradisiaco para luego dejarnos caer fuertemente, de un solo golpe, en una real decepción, pero infernalmente.

Nos muestra a los ojos del alma, una combinación de pétalos perfumados, nos ofrece el embriagador conjunto, y, al recibirlo con serena placidez, sentimos la dolorosa hincada de una espina. Nos da a oler en un pomo precioso de cristal lapidado algo como un perfume oriental, y cuando llegamos al fondo, ya inebriados, lo que hallamos es un tóxico que envenena nuestras ilusiones.

Su musa era una risucña musa de cantos tentadores, pero de besos de acíbar.

leyendo sus «Doloras» reímos para llorar después; gozamos para luego sufrir el desconsuelo de la aterradora verdad universal.

Así en el amor; así en la alegría; así en la belleza, y en la cultura, y en la sinceridad, y en la fidelidad, y en la lealtad, y en la amistad, y en la gloria, en el génesis y en la sepultura.

¡Bendita sea la memoria de Campoamor!

El cumplió su sino en la existencia: apareció en el mundo su materia, incubó un alma fuerte y triunfadora y luego volvió al polvo de donde vino; pero dejándonos para todos los tiempos, viva y palpitante, la gloria de su nombre y el eco imperecedero de su fama.

RAFAEL GUTIERI

Panamá, 25 de Septiembre de 1917.

(Del *Diario de Panamá*)

CAMPOAMOR, POETA VERDADERO

Don Gervasio García, español vecindado en Panamá desde hace muchos años, me ha solicitado una composición acerca de Campoamor, para festejar el primer centenario de su natalicio.

Nó por cortesía, sino con positiva y fuerte complacencia le complazco, puesto que me brinda ocasión para ocuparme de Campoamor, que ha sido siempre y sigue siendo uno de mis poetas más estimados.

Ramón de Campoamor y Campoosorio fué poeta y filósofo a un mismo tiempo, en proporción tan equilibrada y armónica, que ninguna de las dos supremas calidades sufrió detrimento a expensas de la otra. De cuantos poetas conozco, no he hallado ninguno de ningún país que, tan sabia y ponderadamente como él, haya logrado consorciar la poesía con la filosofía, que algunos con-

sideran antagónicas, y otros, al menos, lo bastante valiosas y constituyentes por sí solas, para poder ser laboreadas por separado.

Contra el parecer de los unos y de los otros, yo he podido convencerme, después de haber estudiado y meditado con perseverancia la cuestión, de que la poesía y la filosofía se completan y se avaloran entre sí. Nada está desligado por entero de lo demás. Muchas cosas que aparecen como antinómicas, ante una mirada superficial, resultan complementarias, cuando se investiga y penetra. Eso pasa cabalmente con la poesía y con la filosofía. Todo poeta debe ser filósofo, y todo filósofo debe ser poeta. Los poetas que no son filósofos, están huecos, no emocionan con vigor, no enseñan; halagan a lo sumo al oído, pero de modo frívolo, sin interesar de veras al sentimiento y a la mente, ni mucho menos conducir jamás al espasmo estético. Los filósofos que no son poetas, concluyen por ser fríos, secos, desabridos, oscuros, indigestos. En toda obra poética o filosófica, perfecta en cuanto es hacedero, se precisa impresionar a la sensibilidad y al intelecto a la vez. Los poetas hablarán a la razón por intermedio del sentimiento; y los filósofos deben hablar al sentimiento por intermedio de la razón. De lo contrario, a la corta o a la larga se descubrirá que sus producciones son incompletas.

Para mí, el modelo más acabado del poeta verdadero, del poeta integral, del poeta que hace sentir y pensar con robustez, del poeta-filósofo, es Campoamor.

*
* *

Cuando siglos y más siglos hayan pasado, y las engendraciones literarias se hayan multiplicado en cifra cuantiosísima, se impondrá con fuerza irrevocable la más depurada selección. Habrá necesidad imprescindible de concretar, de sintetizar. Entonces, irán quedando tan sólo y trasmitiéndose

se a las posteridades, los pensamientos, en prosa o en verso, más luminosos y más sustanciales y más condensados, de los escritores culminantes. Persistirá lo que sea luz, idea, calor, esencia; las entrañas germinales más que las envolturas epidérmicas; los fondos perennales que viven y perviven a través de todas las formas, más bien que las formas transitorias expositivas de los fondos. Resistirá las contundencias y las corrosiones milenarias, aquello que posea carácter jugoso y definitivo de máxima, lo que integre verdades eternas, moduladas con belleza, pero también con depuración y brevedad concentradas.

Ahora mismo, este fenómeno selectivo está cumpliéndose ya. De numerosos escritores, lo que más sigue siendo conocido, y por lo tanto conservado, son solamente ciertas sentencias axiomáticas. Porque la mejor traza para conservar un concepto, no es que se mantenga estampado en los libros, sino que sea conocido y aceptado por muchas generaciones.

Campoamor fué un excelentísimo poeta sintético, enjundioso, gráfico, de permanencia fundamental. Casi todas sus creaciones están construídas con tal abundancia de ideas matrices y tal justeza de formas, que son ya en su integridad, sin necesidad del menor expurgo, selecciones exquisitas, alambicaciones contentivas de principios universales, compendios viscerales de verdad y de belleza destinados a la perdurabilidad. Tomando como base un pareado, un terceto, un cuarteto de Campoamor, sería fácil escribir un libro voluminoso y rico en valores. Veamos una muestra:

«El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve a repetir eternamente».

¿Qué literato, de regular ingenio siquiera, no edificaría un buen libro con estos cuatro versos?

Porque lo costoso y lo meritorio son las ideas. Teniendo ideas, propias o ajenas, cualquiera puede formar un libro aceptable.

*
* *

Otra cualidad sobresaliente de Campoamor es su revolucionarismo sosegado, sutil, elegante, hon-do. Bajo configuraciones galanas, dechados de humorismo y de ironía y de gracia, fué un gran demoledor de prejuicios, de mentiras, de opresio-nes y de intereses creados. Su espíritu anárquico flamea copiosamente en su obra genial, a través de las plácidas vestiduras del donaire, de la dulci-acridiez.

Si hubiera quien dudase de tal verdad, que vea cómo son juzgados el poder, la soberbia imperia-lista, las conquistas guerreras y la gloria, en la hermosa y recia dolora siguiente:

«LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro, el rey.
—Y yo Diógenes, el can.
—Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? —Yo, nada.
Que no me quites el sol.
—Mi poder es..... —Asombroso,
pero a mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé; no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
de oro y seda. —¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.
—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y a unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?
—Mi poder, a cuantos gimen
va con gloria a socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen.
Crimen sin capa ¡el poder!
—Toda la tierra, iracundo,
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de ti?
—Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.
—Yo impongo a mi arbitrio leyes.
—¿Tánto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!
—Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.
—¡Adiós, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol!
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!—
Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
—¡miserable!— dice el sabio,
y el rey dice: —¡miserable!»

Tampoco la judicatura sale muy bien librada de su pluma, según patentiza esta fábula:

«LA JUSTICIA EN UN CUENTO

EL VIEJO Y EL MENDIGO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo: —Vaya un cuento ahora;—
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:
—Aunque *pobre*, el juez prudente
le hizo justicia al momento.—
Y un *pobre*, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
—¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento*.—»

Poco importa que Campoamor se dejase afiliar a un partido monárquico. Por encima de tal circunstancia, flota la rebeldía manifiesta de la mejor y mayor parte de sus poesías, que son la floración más bella y más espléndida y más genuina y más fructuosa de su vida.

Otros muchos ejemplos similares podría citar. Sin embargo, renunció a ello con alguna pena, por no hacer este artículo largo en demasía.

*
* *

Tampoco puede negarse que Campoamor inventó modalidades poéticas, de entraña y de figura, incorporadas ya decisivamente al caudal fecundo del parnaso español. Sus *doloras* y sus *humoradas* son invenciones felicísimas y patentes. En esta o en aquella literatura, podrá encontrarse algo parecido; pero no se tropezará con nada que, de modo tan certero y tan exacto y tan recíproco, establezca la relación concordante y proporcionada entre el nombre de la cosa y la cosa misma. Las *doloras* y las *humoradas* se llaman así, y no pueden llamarse de otra guisa; so desconcierto de quedar sin colorido, sin gallardía, sin expresividad, sin fulgencia. Sus denominaciones se presentan tan apropiadas, en consonancia con el conte-

nido de la poesía, que ninguna otra podría cuadrarles. Invenir la expresión definida y atinada, que responda a la índole intrínseca de la cosa, del ser o del hecho, es más difícil de lo que parece. Tal es precisamente la misión del artista, del artista pleno: exteriorizar y compendiar en las palabras, en las formas, toda la potencia, toda la esencialidad y todo el sabor de las profundidades.

*
**

A los poetas de inuegable superioridad se les suele nominar, en sentido de supremacón o doctorado, bardos y vates, voces de las que tanto y tan sin fundamento se abusa.

En resumen, y en virtud de las demostraciones aducidas, Campoamor fué un poeta real y efectivo, un poeta cabal, uno de los pocos bardos, uno de los muy contados vates (vaticinadores), que la Humanidad ha progenitado.

Poeta se deriva del griego y significa *creador*. Campoamor creó mucho y bueno; Campoamor fué Poeta, con letra mayúscula.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá, 10 de Septiembre de 1917.

DISCURSO Y POESÍA
DEL Dr. Don SALOMON PONCE AGUILERA

Señor Presidente de la «Sociedad Española de Beneficencia», Señores:

He venido, con toda la lealtad que acostumbro, y por invitación de vuestro digno Presidente, a participar de esta ovación póstuma que, en el primer centenario de su nacimiento, tributáis al insigne poeta don Ramón de Campoamor.

No creo por ningún motivo necesaria la demostración de una sinceridad que, hoy más que nunca, vive con nosotros hasta en la atmósfera que nos alienta. Vosotros mismos lo comprendéis así, y ése y no otro es el motivo para que a mí también se me haga partícipe de vuestra satisfacción en este día de gloriosas remembranzas para la Lirica española.

Venimos todos a honrar la memoria del insigne don Ramón de Campoamor en el primer centenario de su nacimiento, y nada más elocuente que el tributo de admiración, perfumado con algo de la

Eso lo sabéis hacer vosotros con una interpretación digna de vuestro entusiasmo; mas a nosotros, los que no siendo españoles, alzamos la bandera de nuestra dignidad nacional por encima de todas las convenciones internacionales, venimos a juntarnos a vosotros, para con vosotros honrar la memoria de un hombre admirable que es español, pero también es de nosotros los hijos de América hispana.

El idioma es el más poderoso vínculo de unión

entre los hombres. Eso está demostrado a la luz del Derecho público moderno y ante el asentimiento unánime del alma nacional.

Loor a nuestra lengua en que se escribió el li-

y con su lira y su pluma
hizo del Arte un poema.

Lo que su estro señaló
fue siempre digno de gloria,
y leyó siempre en la Historia
lo que su Lira cantó.

La Historia? Sin duda alguna,
la historia del corazón
que estudió con más tesón
que un astrónomo la luna.

Sus Poemas, para él *pequeños*,
son de un arte original,
el más precioso caudal
de los más arduos empeños.

Triunfó del gran Castelar
en polémica importante,
y jamás fue vacilante
en defensa del solar.

Su Lira, fue de él tan sólo
y nadie a imitarlo alcanza,
porque tiene la pujanza,
de un Júpiter que es Eolo.

Nadie triunfó como él
con un empuje de atleta
en que filósofo y poeta
ganaron siempre el laurel.

A honrar su ilustre memoria
viene aquí el alma de España,
el alma, que no se empaña
porque es muy grande su gloria.

Nos une aquí la lealtad
de una raza que, aún potente,
si ve doblada su frente,
no es por la fatalidad.

España nos dio la vida,
y en nuestras venas llevamos

lo que en un día renunciamos
pero en lid noble y reñida.

Y hoy, al tendernos las manos,
en señal de unión ferviente,
vemos limpia nuestra frente
confesando ser hermanos.

Hermanos, sí; y nuestro brío
juntemos una vez más
para que el tiempo jamás
nos traiga del tiempo el frío.

Viva la Patria española!
están diciendo ahora mismo,
arriba, el inmenso abismo
y allí, el chocar de la ola.

Si ya su misión cumplió,
también fatigó la Historia,
viva España! que su gloria
todo un mundo levantó.

Viva España! Excelsa cuna
del valor y la hidalguía,
aquí vengo en mi porfía
trayendo la fe que aduna.

Viva España! Ahora, señores,
volved a España la vista
y decidme si hay conquista
más gloriosa en sus albores.

De España fuimos y somos,
y hoy, en un férvido abrazo,
estrechemos más el lazo
que no ha desatado Cromos.

Viva España! Y en unión
de santa paz prometida,
que sea un himno nuestra vida
digna de España y Colón.

Panamá, Septiembre 24 de 1917.

SALOMÓN PONCE AGUILERA.